

que ellos mismos formaban. Este es Juan Bautista, que ha resucitado de entre los muertos, le decían unos. No : le decían otros. Es Elías que ha vuelto á la tierra, segun está profetizado. Ni es uno, ni es otro, le decían los terceros. Es uno de los antiguos profetas, séase Jeremías, Ezequiel, ó Isaías. Herodes se inclinó á la primera opinion y decia ; Juan Bautista, á quien yo degollé, ha resucitado de entre los muertos, y las virtudes obran ahora en él mas que antes ; porque hace milagros ; sana á los enfermos y resucita á los muertos, lo que nunca hizo en el tiempo de su vida. Herodes deseaba verle para salir de sus dudas ; pero Jesucristo, que no habia venido á la tierra á satisfacer la curiosidad de un impío, no quiso entregarse á sus manos y evadió todas sus pesquisas.

La reputacion del Salvador, que siempre crecia, puso á los escribas y fariseos en mayor cuidado que á Herodes. Estos se reunieron para tratar de hacer sospocho al Señor, en cuanto al cumplimiento de la ley de Moises y las prácticas de la religion, persuadidos de que no lograrían perderle, si no le quitaban el apoyo de los pueblos, borrando la idea que estos tenían de su santidad. Salieron de Jerusalem y fueron á observar sus pasos á los pueblos cercanos, donde se hallaba predicando. Mas como á pesar de toda la astucia que sugiere la malignidad, nada encontraban reprehensible en la conducta de Jesucristo, trataron de hallarlo en la de sus discípulos, para hacer que recayese la culpa sobre su Maestro que lo permitia.

Los escribas y fariseos acusan á Jesucristo porque sus discípulos no se lavan las manos para comer.

Los Judíos no comían, siguiendo una práctica supersticiosa, sin lavarse antes muchas veces las manos, hasta

el codo, dice el texto griego. Tampoco comían cuando volvían de la plaza ó del mercado, si no se bañaban antes y cumplían otra multitud de prácticas supersticiosas, como lavatorios de jarros, de cántaros y de otras vasijas de metal, y hasta de las camillas que habían de servir para recostarse al comer. Todas estas prácticas eran una extension supersticiosa de algunas ordenanzas de Moises mal entendidas, con cuya adición las observancias legales, bastante onerosas de suyo, venían á ser intolerables.

Habiendo visto los escribas y fariseos en este viaje de observacion maligna que los discípulos de Jesucristo comían sin lavarse las manos, lo vituperaron altamente, y dirigiéndose á su Maestro, le dijeron : ¿Porqué no andan tus discípulos segun la tradicion de los ancianos, sino que comen pan sin lavarse las manos? Y Jesucristo les contestó con un tono severo : ¡Hipócritas! bien profetizó Isaías de vosotros cuando escribió : Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. Vosotros abandonais la ley del Señor, y guardais la tradicion de los hombres, lavando los jarros y los cántaros, y haciendo otras muchas cosas semejantes á estas. Bellamente haceis vano el mandamiento de Dios por guardar vuestra tradicion ; porque Moises dijo : Honra á tu padre y á tu madre, y vosotros enseñais : que (para honrarlos) basta al hijo decir á su padre ó su madre : *corban* ; esto es, el don que yo ofreciere, á vosotros aprovechará, y no le permitís hacer mas por ellos, invalidando la palabra de Dios por vuestra tradicion.

Los pecados son los que manchan al hombre, y no el comer sin lavarse las manos.

Los escribas y fariseos enseñaban que los hijos cumplían la obligacion natural de sustentar á sus padres necesitados con presentar ofrenda en el templo, pues

por ella, decían, les será Dios favorable y cuidará de ellos. Esta era una doctrina parricida, porque enseñaba que debía preferirse la presentación de las ofrendas voluntarias en el templo á la sustentación necesaria de los padres; y además era temeraria, porque inducía á tentar al Señor queriendo que hiciese llover maná como en el desierto. Tal era la doctrina de aquellos escribas y fariseos que se escandalizaban porque los apóstoles no se lavaban las manos. Estos doctores de la ley debieron quedar bien mortificados con la contestación de Jesucristo, pero quería el Señor que también la plebe quedase bien instruida en esta materia. Enseñaban también los escribas y fariseos que la perfección de la ley consistía en la elección de las comidas y la preparación de los cuerpos para comerlas; que la carne de los animales, entrando en el estómago, purificaba por sí misma, si era de los mundos, y manchaba, si era de los inmundos, sin contar con que la obediencia ó trasgresión de la ley era la que hacía buenos ó malos los manjares, y que, fuera del caso de prohibición, todo era indiferente en materia de comida. Jesucristo había hecho ver con motivo de la loción de las manos, que las preparaciones que la superstición había introducido, no eran parte de la ley, y ahora va á manifestar que las comidas por sí mismas no manchaban la conciencia, sino la inobediencia á la ley, y llamando de nuevo la atención de la multitud, les decía: Oídme todos y entended: ninguna cosa hay fuera del hombre, que entrando en él, le pueda manchar; pero las cosas que salen de él, esas son las que manchan al hombre. No mancha al hombre lo que entra en la boca, mas lo que sale de la boca (como las blasfemias, la maldición, la murmuración y demás pecados de la lengua) eso es lo que mancha al hombre. Si hay quien tenga oídos para oír, que oiga. Con esto concluyó el Señor su doctrina y despidió á la multitud, que se retiró tan gustosa de la justificación que el Señor había hecho de la conducta de sus discí-

pulos, como picados los escribas y fariseos de la afrenta que habían recibido.

Luego que el divino Maestro despidió á las gentes y entró en su casa, se le acercaron sus discípulos y le dijeron: ¿Sabeis que los fariseos se han escandalizado cuando han oído esta doctrina (que lo que sale de la boca es lo que mancha al hombre?) Y el Señor les dijo: Toda planta que no plantó mi Padre celestial, arrancada será de raíz. Dejadlos. Son ciegos y guías de ciegos, y si un ciego guía á otro ciego, necesario es que ambos caigan en el hoyo. Entonces le dijo san Pedro en nombre de todos: Explicadnos esa parábola (de la comida). ¡Qué! ¿también vosotros, les dijo el Señor, tenéis tan poca inteligencia? ¿no sabeis que lo que entra en la boca va al vientre, y después es arrojado? Las cosas que salen del hombre son las que manchan al hombre, porque del corazón del hombre salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las iniquidades, el engaño, las deshonestidades, la envidia, la blasfemia, la soberbia, la necedad... todos estos males de adentro proceden y manchan al hombre, pero el comer sin lavarse las manos, no es cosa que manche al hombre.

Viaje de Jesucristo á predicar en la Fenicia.

Había mas de dos años que trabajaba el Señor sin intermisión en el establecimiento del reino de Dios; y en este tiempo se había dejado ya ver en casi todos los pueblos de la Palestina, á la cual se dirigía principalmente su misión. Á lo menos de todas partes habían acudido á verle y oírle, particularmente á su residencia ordinaria de Cafarnaun. Pueblos grandes y pequeños, hombres sabios é ignorantes, gente elevada y sencilla... todos habían procurado verle y oír su doctrina. Sin embargo, aun quedaban algunas tierras donde no se había pre-

sentado, ó habia sido solo de paso. Quería su Majestad llenar toda justicia, y que ninguno de los hijos de Israel tuviera motivo para quejarse de que no habia sido atendido. La tierra de que habia estado siempre mas distante era la Fenicia, provincia de Siria, donde se hallaban las populosas ciudades de Tiro y Sidon. Encerraba esta provincia en sus límites una de las tribus de Israel, llamada de Aser. Esta tribu, como tambien las de Neptalí, Zabulon y Manasés, sus vecinas, no habian destruido, segun la orden de Dios, á todos los idólatras, y estaban confundidas con ellos. Al presente estos idólatras llevaban el nombre de Fenicios, y á los Israelitas de estas tribus debia tambien Jesucristo su ministerio, porque eran una porcion del rebaño que habia de estar bajo de su inmediato cuidado por el tiempo de su vida mortal, y una parte del campo que habia de cultivar con sus propias manos. No sabemos, ni por cuánto tiempo, ni con qué efecto trabajó el Señor en estos países, y parece que los sagrados Evangelistas no nos hablan de este viaje, sino para enseñarnos que Jesucristo no desatendió porcion alguna del pueblo de Dios, y acaso tambien para oponer á la incredulidad de los hijos de Abraham la fe de una mujer extranjera.

Admirable constancia de una mujer cananea.

Al llegar á los contornos de Tiro y Sidon, una mujer cananea salió á su encuentro y clamaba, diciendo: Señor, Hijo de David, tened misericordia de mí. Mi hija es atormentada malamente por el demonio. El Señor no la respondió ni una sola palabra; pero la mujer, constante en su peticion, no cesaba de clamar: Señor, hijo de David, tened misericordia de mí. Conmovidos los apóstoles por los clamores lastimosos de esta mujer se acercaron á Jesucristo y le rogaban, diciendo: Despachadla, Señor (concediéndola lo que pide), porque

ella no cesa de clamar detrás de nosotros. Yo no soy enviado, respondió el Señor, sino á las ovejas que perecieron de la casa de Israel. Entonces la mujer, viendo que nada habian conseguido los apóstoles á favor de su hija, corre, se pone delante del Señor, y postrada, le adora, diciendo: Señor, valedme; y el Señor la dijo: No es bueno tomar el pan de los hijos y echarlo á los perros. Teneis razon, Señor, contestó la mujer con viveza, que no es bueno dar á los perros el pan de los hijos: pero tambien los cachorrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores. Entonces dijo el Señor: ¡Ó mujer! grande es tu fe: hágase como quieres; y desde aquella hora quedó sana su hija. Esta tierna y fervorosa madre corre á su casa y encuentra á su hija echada en su cama y libre del espíritu que la atormentaba. Este suceso, que fué el fruto de una fe viva, de un deseo ardiente, de una confianza sin límites, y de una perseverancia á toda prueba, debe ser para nosotros una regla que haga eficaces nuestras oraciones, cuya falta las deja muchas veces sin fruto.

Curacion de un sordo y mudo.

Obrado este prodigio, salió Jesucristo de los contornos de Tiro, y pasando por Sidon, dió una larga vuelta por las fronteras de la Decápolis, ó las diez ciudades; predicó á los Judíos que habia en ellas el reino de Dios, y viniendo á la ribera occidental del mar de Galilea, subiendo á un monte, se sentó allí (á descansar de su largo y penoso viaje); pero como nunca se hallaba en algun punto sin que fuese conocido y anunciado por las vecindades, luego se halló rodeado de poseídos y enfermos de todas clases que á título de hijos de Jacob, juzgaban tener un derecho adquirido sobre su omnipotencia. El primero que le presentaron para ser curado, y el único cuya curativa se individualiza, fué un sordo y mudo. Jesucristo le sacó de

entre la multitud, metió los dedos en sus oídos, tomó saliva y le tocó con ella la lengua, y mirando al cielo, gimió (sobre su desgracia) y le dijo: *Ephphêta*, que significa abrir y desatar; y luego fueron abiertos sus oídos y desatada su lengua (y oía), y hablaba bien.

Ceremonia del Bautismo.

La Iglesia, inspirada por el Espíritu Santo, ha tomado de esta curativa milagrosa de Jesucristo algunas ceremonias, de que usa cuando confiere el Bautismo, para enseñarnos con ejemplo de este desdichado que quien va á ser bautizado esta sordo y mudo, por lo que mira á la palabra de Dios, y que necesita que se abran sus oídos para oír esta divina palabra; que se desate su lengua para confesar su fe, y que sea presentado á la Iglesia por los padrinos, como lo fué este hombre á Jesucristo por los que pedían su curación.

Otras curaciones milagrosas.

No es creíble que Jesucristo hiciese con el mismo aparato la multitud de curas milagrosas que obró en este paraje. Pero como su infinita sabiduría tenía presente á toda la Iglesia, desde su nacimiento hasta su fin, quiso rodear de circunstancias singulares la curativa de este sordo-mudo para dar materia de ceremonias á su santo Bautismo. El sagrado historiador añade aquí: que las turbas que se juntaron al rededor de su Majestad, trajeron consigo mudos, ciegos, débiles y otros muchos enfermos; que los curó todos; y que pasmadas las turbas, viendo hablar á los mudos, andar á los cojos, y ver á los ciegos, magnificaban al Dios de Israel (porque había visitado á su pueblo). Concluida esta multitud de curaciones milagrosas, mandó Jesucristo, como lo había he-

cho ya muchas veces (acaso para no aumentar la envidia y el odio de los escribas y fariseos), que no dijese lo que habían visto; pero nadie se creyó obligado á una obediencia que la admiración, la alegría general y el agradecimiento hacían como imposible; y así cuanto más repugnaba el Señor los elogios de tantas gentes, ó colmadas de beneficios; ó testigos de sus milagros, tanto más ellas se admiraban y clamaban, diciendo: Todo lo ha hecho bien. Ha hecho oír á los sordos, y hablar á los mudos. Hacía ya algunos días que las turbas seguían á Jesucristo y debían haber consumido los alimentos que sacaron de sus casas; y el Señor, que veía su apurada situación, siempre compasivo y misericordioso, trató de remediarla.

Da de comer á cuatro mil hombres con siete panes y algunos peces.

Llamó á sus discípulos y les dijo: Me comadece esta multitud, porque hace tres días que están conmigo y no tienen que comer; yo no quisiera despedirles en ayunas, porque no desfallezcan en el camino. ¿Y cómo podremos, le dijeron los discípulos, hallar en este desierto tantos panes que basten á saciar esta multitud? ¡Parecía increíble que los apóstoles hicieran semejante pregunta, después de haber presenciado la multiplicación de los cinco panes y dos peces, y de haberlos repartido ellos mismos y satisfecho con ellos á más de diez mil personas en el desierto de Betsáida hacía pocos meses! Pero ¡tan flaca era todavía su fe! Ellos debían haber dicho inmediatamente á la multitud: Sentaos para comer, y esperar que la omnipotencia de su divino Maestro diese la comida; pero no contaron con esta divina omnipotencia, y solo vieron la imposibilidad natural de dar de comer á tan gran multitud. Mas aquí la bondad de Jesucristo, en vez de reconvenirles con su falta de fe, les preguntó lle-

no de amabilidad, ¿cuántos panes tenéis? y ellos respondieron : Siete y unos pocos pececillos. Entonces mandó el Señor á la multitud que se sentase sobre la tierra, y tomando los siete panes y los peces, y dando gracias (á su eterno Padre) los partió y dió á sus discípulos, y los discípulos los dieron al pueblo. Todos comieron de esta milagrosa vianda, quedando todos satisfechos; y recogieron siete espuelas llenas de los pedazos que sobraron. Eran los que habian comido cuatro mil hombres, sin contar las mujeres y niños.

Habiendo Jesucristo curado á los enfermos y alimentado á toda la multitud, y viéndola con fuerzas para emprender su viaje cada uno á su pueblo y casa, les despidió y se entró inmediatamente con sus apóstoles en una nave, que se hizo luego á la vela para evitar que le siguiesen. Fué á desembarcar á Dalmanuta, pueblo situado en el territorio de Mageda, en la misma costa que Cafarnaun, pero mucho mas al norte. Este pais estaba poblado de Judíos y de gentiles, como el de la Fenicia, y como Jesucristo queria predicar en todos los territorios donde habia Israelitas establecidos, recorrió el de Mageda, anunciando, como en los demás, el reino de los cielos.

Visita de los fariseos y saduceos á Jesucristo.

Nada nos dicen los Evangelistas acerca de milagros obrados en el territorio de Mageda, aun que no dejarian de verificarse, segun el modo con que Jesucristo hacia sus misiones; pero nos cuentan una visita que en este tiempo le hicieron los fariseos, asociados con los saduceos, secta impía é incrédula que negaba hasta los principios fundamentales de la ley de Moises, y con los que por esta razon no debian tener comunicacion alguna; pero se verificaba aquí lo que sucede con frecuencia en el mundo, esto es, que por mas divididos que esten los malvados entre sí, las pasiones los unen para derribar á quien aborrecen.

Se llegaron, pues, á Jesucristo los fariseos para tentarle, y dando á entender, que sus nuevos aliados los saduceos querian ver uno de sus portentos, le rogaron que les mostrase alguna señal del cielo. No pudo Jesucristo oír semejante ruego sin conocer y detestar la incredulidad de donde nacia. Vosotros, les respondió, cuando va llegando la noche, decís : Sereno hará (mañana) porque el cielo esta triste y tiene arreboles. ¡Hipócritas! sabeis distinguir las señales de los tiempos (de la venida del Mesías). (Ya lo he dicho y lo repito) esta generacion mala y adúltera pide una señal, y no se la dará otra, como ya queda dicho, que la de Jonás el profeta.

Curacion singular de un ciego.

El divino Maestro habia ido ocupado, desde la ribera del mar hasta Betsáida, en advertir á sus discípulos que huyesen de la levadura de los fariseos y saduceos, que era su mala doctrina; y como ya habia predicado en esta ciudad, iba por ella de paso; pero le presentaron un ciego, pidiéndole solamente que le tocase. Jesucristo, que nunca dejaba pasar las ocasiones de hacer bien, le tomó de la mano, y haciendo de guía, le sacó de la ciudad, puso saliva en sus ojos, le impuso sobre ellos las manos, y despues le preguntó si veía algo; y el ciego mirando, dijo : Veo los hombres como árboles que andan. No ignoraba el Señor que solo principiaba á ver; pero es de creer que quiso hacer esta curacion por partes, para probar su fe y avivar su esperanza. Volvió á poner sus manos benditas sobre los ojos del ya medio ciego, y quedó enteramente sano, de modo que veía claramente todas las cosas.

La economía que usó el Señor en la curacion de este ciego, pudiendo haberle sanado en un momento, como lo habia hecho con otros, es un símbolo de lo que sucede ordinariamente en las curativas de nuestras almas.

El Señor, frecuentemente, no las sana de una vez, aun cuando se lo pidamos mucho, ya por la tibieza de nuestras oraciones, ya para avivar nuestra fe y nuestros deseos, y ya para que nos dispongamos á una curacion perfecta. Restituida enteramente la vista del ciego, el divino Médico le envió á su casa, haciéndole la prevencion de que, si entraba en Betsáida, á nadie lo dijese. No sabemos si obedeció mejor que otros, que atendieron mas á su agradecimiento que á las prevenciones de su Bienhechor. Por lo que mira al Señor, continuó su camino acompañado de sus apóstoles y rodeado de las turbas, y fué á recorrer los pueblos y castillos de Cesárea de Filipo.

Confiesa san Pedro la divinidad de Jesucristo, y Jesucristo le declara cabeza de la Iglesia.

Esta ciudad, situada al norte de la Palestina, al nacimiento del Jordán, se llamaba antes *Paneas* y al presente *Cesárea de Filipo*, porque Filipo, hermano de Herodes y tetrarca de la Iturea y la Traconítide, la habia dado á César. Esta ciudad, que nada tenia de consideracion, fuera de su nombre, debe ser, desde el pasaje que vamos á referir, de la mayor consideracion para los cristianos, por la confesion que en sus cercanías hizo san Pedro de la divinidad de Jesucristo, y la declaracion de la dignidad á que Jesucristo elevó á san Pedro constituyéndole cabeza de su Iglesia. Hallándose el Señor cerca de la ciudad, se retiró de la multitud con sus apóstoles á un sitio solitario, y aun se apartó de ellos para orar, segun la costumbre de pasar largo tiempo en comunicacion con su eterno Padre antes de hacer alguna cosa de gran consideracion, no por su necesidad, sino para nuestra instruccion. Acabada la oracion, se volvió á sus apóstoles, y les preguntaba, ¿quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Como si dije-

ra: á vosotros hablarán con mas libertad que á mí. Vosotros oís sus conversaciones; ¿quién dicen que soy yo? No estan acordes en esto, respondieron los apóstoles. Unos dicen que sois Juan Bautista; otros, que Elías; otros, que Jeremías; y otros quieren que seais uno de los antiguos profetas, que habeis resucitado, ó por lo menos uno semejante á ellos. Y vosotros ¿quién decís que soy? En estas ocasiones Pedro, como ya lo hemos visto, y particularmente en la célebre conferencia de Cafarnaun sobre la divinidad de Jesucristo y la sagrada Eucaristía, era siempre el que tomaba primero la palabra, y no se descuidó en esta ocasion. Vos sois, respondió inmediatamente, vos sois Cristo, el Hijo de Dios vivo. ¡Admirable confesion, que mereció los mayores elogios y los mayores premios! Dichoso eres, Simon, hijo de Juan, le dijo Jesucristo; porque, ni la carne, ni la sangre te lo ha revelado, sino mi Padre, que está en los cielos; y yo te digo que tú eres Pedro (ó Cefás, que significa piedra), que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Te daré las llaves del reino de los cielos; todo lo que tú atares sobre la tierra, será atado tambien en los cielos; y todo lo que tú desatares sobre la tierra, será desatado tambien en los cielos. No juzgamos necesario entrar en el exámen de las preeminencias, autoridad y facultades que en esta ocasion concedió el Hijo de Dios á san Pedro y sus sucesores. Basta haber referido literalmente sus palabras; porque ellas son tan claras y terminantes que no permiten comentarios.

Prohíbe Jesucristo á los apóstoles que publiquen su divinidad durante su vida mortal, porque esto pertenece al Señor.

Luego que Jesucristo concluyó esta memorable sesion

con sus apóstoles, les prohibió, hasta con amenazas, que dijese lo que habia confesado Pedro en ella, á saber : *que Jesucristo era el Hijo de Dios vivo*. No intentaba el Señor con esto que se ocultase su venida, antes por el contrario, queria que fuese conocida por todo el mundo; pero queria que se observase aquella divina economía que se habia decretado en los consejos eternos acerca de la predicacion del reino de los cielos; porque, segun ella, tocaba á Jesucristo anunciarse á sí mismo, probar su venida con milagros y sellarla con su sangre y su muerte; y á los apóstoles tocaba esperar que Jesucristo resucitase de entre los muertos. Jesucristo habia de dar cumplimiento, en el poco tiempo que aun le quedaba de vida sobre la tierra, á todas las profecias que hablaban de su vida mortal; habia de presentar en su muerte y su resurreccion el último testimonio de la divinidad, y habia de dar cumplimiento á la significacion del profeta Jonás, sepultado tres dias en el vientre de la ballena, y presentado, al fin de ellos, vivo en la playa, como lo habia prometido el mismo Jesucristo á los Judíos para que ninguna excusa tuviese su incredulidad: y despues tocaba á los apóstoles predicar por todo el universo su divinidad, sus misterios y su ley. Entretanto debian callar y limitarse á anunciar en general que se acercaba el reino de Dios, como lo habian hecho hasta entonces.

**Les declara que conviene que padezca y muera en
Jerusalen.**

Desde este dia declaró Jesucristo á sus discípulos que le convenia ir á Jerusalen, padecer allí mucho de parte de los ancianos, escribas y principes de los sacerdotes, ser entregado á la muerte y resucitar despues de tres dias; pero Pedro, que amaba á su divino Maestro con mas viveza que ninguno de los demás apóstoles, no

solo se sorprendió al oír esto, sino que se llenó de inquietud. No Señor, dijo á su Majestad, tomándole aparte y dándole una especie de reprension en el primer ímpetu de su dolor. No, Señor. No permita el Cielo que os suceda lo que acabais de decir. Vos no debeis ser tratado con esa indignidad. La viveza del príncipe de los apóstoles, en un tiempo en que aun no comprendia el espíritu de la religion que Jesucristo iba á fundar, pudiera parecernos perdonable: mas sus sentimientos eran opuestos á la humildad, paciencia, sufrimientos y cruz sobre que se habia de fundar esta religion divina, y así el soberano Maestro reprendió á su primer discípulo de un modo correspondiente á la viveza con que él habia reprobado los padecimientos de su Maestro. Vuelto hácia Pedro, le dijo: Refúrate de mí, contrario mio (en los sentimientos), porque estorbo me eres, pues no sabes las cosas que son de Dios, sino las que son de los hombres. Era necesario estar poseido del ardiente celo de Pedro y del ansia que tenia de agradar á Jesucristo, para conocer la impresion que le haria el descoteto que manifestó en esta ocasion su divino Maestro.

**El que quiera venir en pos de mí, decia aquí Jesucristo,
niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame.**

Todo lo que acabamos de referir pasó en el secreto del colegio apostólico, y en la soledad adonde se habia retirado el Señor para hablar á sus apóstoles de cosas y sucesos tan interesantes. Luego que hubo concluido, volvió, acompañado de ellos, á presentarse á la multitud, que le esperaba para continuar su viaje á los pueblos de la comarca de Cesárea y contornos del monte Libano. En el camino iba diciendo á todos: El que quiera venir en pos de mí, niéguese á sí mismo y tome su cruz y sígame; porque el que quisiere salvar su vida (á costa de su alma) perderá de su alma; mas el que

perdiere su vida por mí y por el Evangelio, la salvará. ¿Qué aprovecha al hombre, añadía, ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿ó por qué precio cambiará el hombre su alma? quien se avergonzare de mí y de mis palabras, el Hijo del hombre se avergonzará también de él, cuando venga en la gloria de su Padre acompañado de sus ángeles; porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces dará á cada uno segun sus obras. Os aseguro que hay algunos de los que estan aquí que no gustarán la muerte hasta que vean al Hijo del hombre, que viene en su reino. Unos intérpretes entienden estas palabras de la Transfiguracion del Señor. Otros de su gloriosa Resurreccion, y otros de su triunfante Ascension á los cielos; pero comunmente se entiende de la Transfiguracion que vamos á referir.

Luego que el Señor llegó á la provincia de Cesárea, principio su mision en los pueblos del Líbano. Seis dias bastaron para predicar el reino de Dios en aquella comarca; porque el Señor empleaba todos los momentos en su ministerio, y porque luego que se sabía su llegada á cualquier punto, corrian todos las vecindades á verle, y oírle hablar del reino de los cielos. Miraba su Majestad esta mision en las tierras mas apartadas de Jerusalem, como el resto de los viajes que habia de hacer en la Judea y Galilea, y como una larga jornada que estaba señalada en los decretos eternos de la sabiduría de Dios, y que principió por un admirable y glorioso espectáculo, cuya magnificencia parecia destinada á quitar el escándelo de la cruz.

Transfiguracion del Señor.

El día sétimo despues que Jesucristo habia hablado á sus apóstoles de las ignominias de su Pasion y de su muerte, se hallaba al pié de un alto monte rodeado de

la multitud, á la que habia explicado las verdades de la salud eterna. No debia causar admiracion que, concluidos los trabajos del dia, se retirarse á pasar la noche en la soledad y la oracion, segun su costumbre; pero si, que, contra la misma costumbre, dejase nueve apóstoles con el pueblo al pié del monte, y solo llevase tres consigo á su cima, que fueron Pedro, Juan y Santiago.

Ni los Evangelistas, ni los autores antiguos nos dicen cuál era este monte, donde sucedió lo que vamos á referir. El comun de los fieles cree que fué el Tábor, y la Iglesia en el oficio de la Transfiguracion así lo supone. Tampoco sabemos porqué el Salvador, que hasta aquí no habia hecho distincion entre los apóstoles, á excepcion de Pedro, al que habia puesto por cabeza del colegio apostólico, quiso dar entre todos, á estos tres, una señal tan gloriosa de predileccion. Parece que queria el Señor que los tres apóstoles que habian de ser testigos de su agonía en el Huerto de las Olivas la víspera de su santísima muerte, fuesen también los que viesan su gloria sobre el monte.

Luego que subieron á su cumbre, el Señor se puso en oracion. Acaso hicieron lo mismo sus tres apóstoles, pero la carne no era aquí menos flaca que lo habia de ser en el de las Olivas. Se apoderó el sueño de ellos y se quedaron dormidos. No sabian que iban á perder una parte del espectáculo mas interesante que se les habia de ofrecer en toda su vida. Entretanto que dormían, la figura exterior de su divino Maestro se mudó repentinamente. La gloria de que gozaba su benditísima alma, se comunicó á su santísimo cuerpo. Su divino rostro, siempre grave y majestuoso, se puso resplandeciente como el sol, y sus vestidos, que eran llanos y sencillos, se volvieron brillantes y tan blancos como la nieve. Al mismo tiempo Moisés y Elías aparecieron á los lados de Jesucristo y hablaban con Él. Moisés habia muerto quince siglos antes, y para esta presentacion salió su

alma del seno de Abraham y se unió con su cuerpo, conservado en la cueva ó sepulcro en que le puso el ángel al pié del monte Fogor; y por lo que toca á Elías, arrebatado vivo en un carro de fuego, dejó el lugar de su reposo, donde estaba esperando había ya mas de novecientos años las órdenes del Señor. Traía Moisés entre sus brazos las tablas de la ley, y Elías venia vestido de pelos de camello y ceñido con un cinto de cuero; por cuyos distintivos los pudieron conocer los apóstoles. Estos, cuando despertaron y vieron al Señor transfigurado, y á los dos varones que estaban con Él, rodeados de resplandor; y oyeron que hablaban de su salida (de esta vida mortal) que habia de acabar muriendo en Jerusalem; se conmovieron y asombraron tanto á la vista de un espectáculo que jamás habian visto los hombres, que no se atrevieron á hablar ni una sola palabra; excepto Pedro, que siempre impetuoso, cuando se trataba de la gloria de su divino Maestro, queriendo que permaneciese allí en aquel estado glorioso que le veía, se atrevió á proponerle: que si queria, harian allí tres tabernáculos ó tiendas; uno para Él, otro para Moisés y otro para Elías; sin saber, dice el texto sagrado, lo que decia: mas cuando Pedro proponia esto, se formó una resplandeciente nube que rodeó y cubrió al Señor, á Moisés y á Elías, y hé aquí una voz que, saliendo de ella, decia: Este es mi amado Hijo, en quien me complazco, oídele. Con esto los apóstoles temieron aun mas que antes, y cayeron sobre sus rostros. Entonces se llegó á ellos Jesucristo y les tocó diciendo: Levantaos, no temais. Ellos se levantaron, pero aunque miraron por todas partes, ya á nadie vieron sino solo á Jesus en su estado ordinario, habiendo desaparecido todo aquel espectáculo admirable y con él Moises y su compañero Elías. Cuando bajaban del monte, Jesucristo les mandó que á nadie dijese aquella vision hasta que el Hijo del hombre resucitase de entre los muertos. La prohibicion era

absoluta, y los tres apóstoles temieron y ni á sus nueve compañeros dijeron cosa alguna de las que habian visto.

Baja Jesucristo del monte y cura á un poseido que no habian podido curar los apóstoles.

Bajó Jesucristo del monte con sus tres apóstoles y con ellos vino á reunirse á los nueve restantes, que estaban sumergidos en la tristeza por la falta de su presencia; y su consuelo, al verle y recibirle, fué correspondiente á la pena que habian tenido en su ausencia. Halló el Señor en la llanura aumentada la multitud que habia dejado en ella cuando subió al monte, y entre los que la habian aumentado, se hallaba un padre muy afligido por los trabajos que padecia el hijo único que tenia. Apenas vió al Señor, se hincó de rodillas delante de Él, diciendo: Señor, campadeceos de mi hijo, que es lunático; está poseido de un espíritu malo, y es atormentado cruelmente. Muchas veces cae en el fuego y con frecuencia en el agua. El mal espíritu le tira contra la tierra, le quebranta. Mi hijo da gritos sin articular palabra, rechina los dientes, arroja espuma, se va secando, y el mal espíritu apenas deja de desgarrarle. Como vos estabais ausente, le presenté á vuestros discípulos rogándoles que expeliesen al demonio, y no han podido.

Jesucristo reprendió en general la incredulidad, que era el mayor estorbo para hacer los milagros, y volviéndose luego al padre del desgraciado, le dijo: Tráeme acá á tu hijo; y cuando este acercó, el demonio comenzó á atormentarle, tirándole contra la tierra y maltratándole, y el infeliz poseido se revolcaba y arrojaba espuma. ¿Cuánto tiempo hace que le sucede esto? preguntó Jesucristo al padre del poseido. Desde su infancia, le respondió, (y ya os he dicho Señor) que le